

MENSAJE DEL SANTO PADRE AL SEÑOR BUTROS-GHALI, SECRETARIO GENERAL DE LA ONU

Ángelus del 14 de marzo

La valentía de la paz

Nuevo llamamiento en favor de la paz en Bosnia-Herzegovina

El cardenal Roger Etchegaray, presidente del Consejo pontificio «Justicia y paz», entregó un mensaje autógrafo del Papa sobre la dramática situación de Bosnia y Herzegovina al señor Butros-Ghali, secretario general de la Organización de las Naciones Unidas, la mañana del jueves 11 de marzo, en el Palacio de cristal de Nueva York. El cardenal iba acompañado de mons. Renato Raffaele Martino, observador permanente de la Santa Sede ante dicha Organización, y de mons. André Dupuy, consejero de nunciatura. Ofrecemos a continuación la traducción de dicho mensaje.

Frente a los desafíos de la historia, el hombre ha sabido afrontar las dificultades más graves, recurriendo a las fuerzas que, en su bondad misericordiosa, Dios todopoderoso ha puesto en su corazón y en su inteligencia. El mundo asiste hoy, como testigo impotente, al drama que aflige a las poblaciones de Bosnia-Herzegovina desde hace meses. La comunidad internacional quiere socorrer a las víctimas de esta guerra espantosa: niños heridos que han perdido a sus padres, sin ningún tipo de futuro y desalentados ante la crueldad de la vida; mujeres violadas, torturadas o arrojadas a la calle en medio del frío y el desamparo, junto con los pocos supervivientes de sus familias para salvar lo que aún se puede salvar; hombres, con frecuencia ancianos, privados del techo que los cobijaba y obligados a abandonar lo que había constituido la felicidad de toda su vida.

Aldeas enteras han sido devastadas; las casas, quemadas; los lugares de culto, iglesias o mezquitas, arrasadas como si se quisiera eliminar todo signo de trascendencia. Las comunidades humanas y las familias han sido desmembradas. La vida, tan preciosa para cualquier hombre, ya no tiene precio. La muerte, la tortura, la violación y la expulsión forman parte de los múltiples aspectos del odio que

opone a unas poblaciones contra otras de raíces culturales, étnicas y religiosas diferentes, pero cercanas por su geografía e historia.

«¡Nunca más la guerra, nunca más!», clamó mi predecesor, el venerado Papa Pablo VI, ante la asamblea general de las Naciones Unidas, el 4 de octubre de 1965. Frente a la tragedia de Bosnia-Herzegovina, como pastor de la Iglesia católica, suplico a los hombres de buena voluntad que trabajan en el seno de la Organización de las Naciones Unidas que hagan todo lo que esté a su alcance para poner fin a este conflicto. La palabra de Dios resuena en nuestros oídos: «¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo» (Gn 4, 10). ¿Qué hemos hecho?, ¿qué debemos hacer para que cese la escalada de terror, de violencia y de aniquilamiento del hombre por el hombre?

La Organización de las Naciones Unidas es hoy el foro más adecuado para que la comunidad internacional asuma su responsabilidad ante algunos de sus miembros incapaces de aceptar sus diferencias. La autoridad del derecho y la fuerza moral de los organismos internacionales más elevados son el fundamento en el que reposa el derecho de intervención para salvaguardar a las poblaciones tomadas co-

mo rehenes por la locura homicida de los promotores de la guerra.

El diálogo en el que participan los responsables de las partes beligerantes debería ayudarlos a apreciarse mutuamente, en lugar de oponerse; a emplear todas sus energías para hacer cesar los combates en el campo de batalla y no para buscar ventajas políticas; y a edificar su nación sobre los fundamentos sólidos de la justicia, que es condición de la paz, en lugar de perseguir ambiciones que sólo pueden destruirla.

Señor secretario general, al expresar el dolor que experimento a causa de este conflicto en la antigua Yugoslavia y la confianza que deposito en las acciones de las Naciones Unidas a favor de la paz, le pido que haga partícipes de mis sentimientos a los miembros del Consejo de seguridad que velan por el destino de las poblaciones implicadas. Esas mismas poblaciones y toda la comunidad internacional les quedarán agradecidas por haber tenido la valentía de la paz, sin ahorrar ningún esfuerzo, ningún sacrificio y ningún medio susceptible de dar la paz a esos pueblos, un techo a los refugiados y a los exiliados, un hogar a los huérfanos y un lugar de oración a los creyentes.

Señor secretario general, agradeciéndole su compromiso a favor de la paz en Bosnia-Herzegovina, le ruego acepte la expresión de mi mayor estima.

Vaticano, 1 de marzo de 1993

Joannes Paulus II

Cuánto cambiaría el mundo si aceptáramos el amor divino

1. Nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Dios.

Queridos hermanos y hermanas, esta célebre afirmación de san Agustín (cf. *Confesiones*, 1,1) se puede aplicar no sólo a nuestro corazón, sino también a la vida social, en todas sus expresiones. Cuando falta Dios, desaparece la paz dentro y fuera del hombre, porque se deteriora el principio de la unidad. El hombre se postura ante miles de ídolos y termina dividido en sí mismo, volviéndose esclavo de las cosas. ¿Tenemos que maravillarnos, pues, de que la humanidad se convierta en un triste escenario de guerra, y de un sinfín de violencias y tragedias?

«Yo, el Señor, soy tu Dios... No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Ex 20, 2-3).

El primer mandamiento del Decálogo es el fundamento de todos los demás y de la misma existencia humana. Queridos hermanos y hermanas, no se trata de la pretensión de un tirano, ni del arbitrio de un despota; es, más bien, la voz apremiante del Creador que, a pesar de nuestras infidelidades, jamás se cansa de tratarnos como hijos. Reconocer su señorío es, por tanto, nuestro primer deber: es la condición misma de nuestra salvación.

Sólo un trágico engaño ha podido llevar a ciertas corrientes de pensamiento a absolutizar el mundo y el hombre. Quien trata de descifrar con objetividad el lenguaje de la creación, considerando la belleza pero también los límites de las cosas de aquí abajo, fácilmente se da cuenta de la verdad: el mundo, por estúpido que sea, es una realidad finita que remite a lo infinito, es lo relativo que exige lo absoluto.

«Sólo Dios es lo absoluto! Es la plenitud del ser y, por esta razón, merece nuestra adoración».

2. Sin embargo, en el primer mandamiento, Dios no se limita a pedirnos un frío reconocimiento de su verdad: nos pide, sobre todo, el libre ofrecimiento de nuestro corazón. «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza» (Dt 6, 5). Nos ama como Padre, y espera a cambio un amor de hijos: amor que responde al Amor.

«¿Acaso podría ser de otro modo? «Dios es Amor» (1 Jn 4, 8). Habiéndonos amado primero, Dios continúa siendo fiel a su caridad indefectible, a pesar del pecado y la ingratitud humana».

«Cuánto cambiaría el rostro del mundo si nos dejáramos envolver por el amor divino! Se descubriría cada vez con más asombro la belleza del universo, don de Dios, y el misterio del hombre, creado a imagen del Creador y rodeado por su ternura eterna. Queridos hermanos y hermanas, reflexionemos acerca de estas verdades, sobre todo en este tiempo de Cuaresma, itinerario privilegiado de conversión y renovación».

3. Virgen santa, espejo limpio del amor de Dios, en ti el Verbo se hizo carne; en ti se hizo viva la esperanza del hombre. Mira con piedad la fragilidad humana, que se olvida de Dios con demasiada frecuencia y, precisamente por esto, está expuesta a faltas de amor insensatas y suicidas: está expuesta al odio, a la guerra, a la indiferencia y al triunfo del egoísmo y de la muerte. Miranos con piedad de Madre y tiéndonos tu mano.

Te pedimos: ¡salvanos, oh Madre!

El Papa Juan Pablo II canoniza a las beatas Teresa de Los Andes y Claudina Thévenet

Juan Pablo II canonizará el domingo 21 de marzo a las beatas Teresa de Jesús «de Los Andes» (1900-1920), chilena, virgen, novicia carmelita descalza, y Claudina Thévenet (1774-1837), francesa, virgen, fundadora de la congregación religiosa de Jesús-María, durante una misa que celebrará en la basílica de San Pedro a las 9.30.

Teresa de Los Andes (en el siglo Juana Fernández Solar) es la primera santa chilena y la primera carmelita de toda América que llega al honor de los altares. Nació en el año 1900 en Santiago y

murió en abril de 1920 en Los Andes. De familia muy cristiana y muy rica. Desde sus primeros años se enamoró de Cristo. Su vida fue totalmente normal y equilibrada; alcanzó una envidiable madurez, integrando en la síntesis más armoniosa lo divino y lo humano: oración, estudio, deberes domésticos y deporte, al cual era muy aficionada. Teresa no hizo en su vida más que vivir, creer y amar. Se unió íntimamente a Cristo en su pasión, en la cruz y en la muerte. Es ejemplo, modelo y desafío para todos sin excepción: para jóvenes y adultos, consagrados y laicos, ricos y pobres, fervorosos e indiferentes: para todos tiene en su vida una palabra de consuelo y de aliento a una conversión mayor. Como joven simpática, deportista, alegre, equilibrada, servicial y responsable, Teresa de Los Andes se halla en las mejores condiciones para arrastrar a la juventud al seguimiento de Cristo. Estas son sus proclamas: «Dios es alegría infinita», «Todo lo que veo me eleva a Dios». Este era su desafío: «¿Qué puede hacerme más feliz que Dios? En él hallo todo». Cuando entró en el Carmelo prometió: «Mi vida será la del cielo. Viviré sólo para Dios, con Dios y en Dios, sin el obstáculo de las criaturas. Mi única ocupación será rezar por el mundo, ayudar a los sacerdotes, salvar almas con la oración». Fue beatificada por Juan Pablo II en Chile el 3 de abril de 1987.

El sábado 20 de marzo, Su Santidad presidirá la celebración de las primeras

visperas del IV domingo de Cuaresma en la basílica de San Pedro, a las 17.30. En el curso de la ceremonia dará el solemne anuncio de la confirmación del culto del siervo de Dios Juan Duns Escoto, escocés, presbítero de la orden de Frailes Menores de san Francisco de Asís, y beatificará a la sierva de Dios Dina Bélanger, canadiense, virgen, de la congregación de las religiosas de Jesús-María.

En las páginas 4 y 5 ofrecemos las biografías de las dos nuevas santas y los dos nuevos beatos.

El Papa visita la diócesis de Sabina-Poggio Mirteto, Italia

Juan Pablo II, el 19 de marzo, solemnidad de san José, visitará la diócesis italiana de Sabina-Poggio Mirteto con el fin de encontrarse con el mundo del trabajo. Ha elegido esta diócesis, que es predominantemente agrícola, para dedicar atención especial a esta clase de trabajadores, sector que atraviesa una fase delicada. Los momentos centrales de la visita serán: por la mañana la reunión con los campesinos en Vescovio y por la tarde la concelebración eucarística en el estadio de Monterotondo.



ARCHIVO PERMANENTE
29 MAR 1993